

# El masoquismo de la Iglesia católica oficial

---

Norbert Greinacher

El masoquismo, llamado así por el nombre de Leopold Ritter von Sacher-Masoch (1836-1895), es el fenómeno patológico de una disposición psicosexual *individual* según la cual no se consigue una excitación y satisfacción sexual si no es padeciendo malos tratos. Empleo aquí este concepto en sentido análogo para referirme a un *fenómeno de psicología social* relativo principalmente a la actitud interna y a la conducta externa de los jerarcas de la Iglesia católica que ocupan un puesto decisivo y ejercen su poder en la mencionada Iglesia.

Se discute mucho el concepto mismo de Iglesia oficial o de Iglesia jerárquica. Lo utilizaré por principio en *sentido positivo*. Si se está convencido, como yo lo estoy, de que la causa de Jesucristo -τὰ λespoû Christoû (Filpenses 2,21)- es un mensaje que ha de transmitirse a las generaciones futuras y debemos preservarlo del olvido, y de que, además, ha de plasmarse hoy día en la sociedad humana, entonces esa causa de Jesús necesita una institución. Y esto quiere decir: necesita personas que ejerzan en ella un ministerio; necesita ser una Iglesia con oficios y ministerios; necesita ser una Iglesia oficial o ministerial. Exagerando y simplificando las cosas, pero sin falsearlas, podríamos afirmar: En una sociedad mundial como la de los siglos XX y XXI, en la que los diversos continentes y naciones se hallan cada vez más dependientes unos de otros, habría que crear una cúpula universal que dirigiese la Iglesia, en caso de que ese ministerio no existiera ya.

Ahora bien, lo trágico del problema consiste en que la dirección central de la Iglesia católica, tal como existe actualmente, no se halla al servicio -en general- de la causa de Cristo, y no sólo es un obstáculo para la transmisión del mensaje de Cristo a las generaciones futuras y para que ese mensaje llegue a plasmarse en la situación actual, sino que además, con un masoquismo colectivo, hace casi todo lo posible no sólo para originar problemas e infligir sufrimientos a muchísimos miembros de la Iglesia católica, sino también para perjudicar de esta manera a la causa de Cristo. Para demostrar la verdad de esta tesis, voy a presentar cinco *ejemplos*.

¡El nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica* representa una oportunidad desaprovechada! En vez de servir de mediador entre la enseñanza crítica y liberadora del Antiguo y del Nuevo Testamento, por un lado, y las culturas contemporáneas, por el otro lado, pretende imponer a todos los católicos del mundo entero una

determinada teología de cuño neoescolástico principalmente y centrada en Roma. En vez de solidarizarse con la sensibilidad contemporánea y, basándose en una presentación sencilla y fundamental del mensaje bíblico, proclamar ante los hombres de hoy la "Buena Nueva" del "sí" de aceptación irrevocable del Dios que ama a la humanidad, y presentar ese mensaje de una manera creíble, lo que se trata de hacer es una indoctrinación universal en miles de cuestiones particulares. ¡Como si no se hubieran producido nunca los esfuerzos por plasmar una "fórmula abreviada de la fe" (Karl Rahner)! ¡Como si no se hubiera publicado ya la obrita de Hans Küng titulada "Credo"!

El texto del proyecto de la nueva *encíclica moral Veritatis Splendor*" no representa en el fondo sino el intento de reclamar *formalmente* para el papa la autoridad absoluta, sin que haya habido una "definición *ex cathedra* y prescindiendo del Concilio, cuando afirma que está hablando de acuerdo con los obispos de la Iglesia, pero sin que conste que se haya solicitado ese acuerdo. Pero no sólo en cuanto a la forma sino también *en cuanto al contenido*, ese texto representa el intento de extender a cuestiones éticas la absoluta autoridad doctrinal del papa, incluso en los casos en que las tradiciones bíblicas no legitiman tal postura, y recurriendo para ello a un "derecho natural" interpretado según la neoescolástica. Muchos observadores temen que esa encíclica constituya únicamente la base legitimadora para una segunda "encíclica moral" que aborde cuestiones concretas de moral sexual como la planificación familiar, la homosexualidad, las relaciones sexuales prematrimoniales, la interrupción del embarazo, etc. Esto equivaldría a una catástrofe de medianas dimensiones para la Iglesia católica. Por esta razón, sería enormemente importante que la Iglesia católica empleara a fondo la autoridad que le queda en favor de una ética liberadora, basada en las tradiciones bíblicas y humanizadora.

Por desgracia, es de sobra conocido cómo la curia romana procede a la hora de *nombrar obispos*, practicando en el mundo entero una política eclesiástica unilateral y particularista. En vez de atenerse a la vieja regla del papa Celestino I (422-432), que no hace más que reflejar un consenso de la Iglesia de entonces: "No habrá que imponer un obispo contra la voluntad del pueblo", se han impuesto en todo el mundo multitud de obispos, designados por Roma y encasquetados a la fuerza a los miembros de las Iglesias.

El *ejercicio de la autoridad*, tal como se practica en este momento, contradice extensamente no sólo a las tradiciones bíblicas sino también al proceso fundamental de democratización que se da en la sociedad actual. ¡No hay nada que objetar contra una autoridad en la Iglesia! Esa autoridad es necesaria en la iglesia, como lo es en cualquier institución. Pero debe estar en consonancia con las tradiciones bíblicas, por ejemplo, con aquella regla fundamental que se lee en Mateo 23, 8-11: "Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Ni llaméis a nadie padre vuestro en la tierra; porque uno sólo es vuestro Padre: el del cielo. Ni os dejéis llamar preceptores, porque uno solo es vuestro preceptor: el Mesías. El mayor de vosotros será el que sirva a los demás". Por tanto, un ministerio eclesiástico que se atribuya el papel de mediador

entre Dios y su pueblo, no sólo vulnera la solidaridad fraternal, sino que además niega el amor universal de Dios hacia los hombres y la eficacia de la única y singularísima mediación de Jesucristo.

Se hallan alteradas las relaciones de la Iglesia oficial con *las teólogas y los teólogos*. Entre ellos hay personas como Leonardo Boff, Eugen Drewermann y Hans Küng, que de manera carismática saben transmitir a los hombres y mujeres de hoy el mensaje liberador del Evangelio. ¿Y qué es lo que hace la Iglesia oficial, la Iglesia jerárquica? Impone a esos teólogos el castigo del silencio y les retira el visto bueno para enseñar. Es, verdaderamente, algo perverso. Cualquier otra institución estaría deseando contar con personas que, de manera tan creíble, con tanta autenticidad y con gran éxito, expusieran ante la opinión pública sus respectivas instituciones y los fines de las mismas. Y la Iglesia católica oficial empuja a sus mejores miembros, queriendo que abandonen el seno de la Iglesia.

No he hecho más que abordar unos cuantos ejemplos. Sin gran esfuerzo podría enumerar muchos más. No quiero que nadie me entienda mal: No me gustaría una Iglesia "postmoderna", una Iglesia a la moda y acomodada al espíritu de la época, a cualquier precio. Y la Iglesia oficial tiene su razón de ser y tiene la obligación de velar por la continuidad de la causa de Jesucristo y de elevar también algunas veces, su voz crítica, incluso frente a teólogas y teólogos. Pero esa Iglesia tiene, ante todo, la tarea de testificar hoy día, de manera creíble, el mensaje de Cristo. ¡Es algo que la gente espera tanto!

[Tomado de «Concilium»,  
Estella(Navarra), 249(octubre 1993) 947-951]